

LOS EXITOS

Cuentan de un sabio que un día" trabajaba en su despacho y al amor de la lumbre en su monumental *Historia de la Humanidad*, de la que ya llevaba enjaretados más de cuarenta voluminosos



tomos y aún no había salido del prólogo, cuando le sacó de su ensimismamiento extraordinario ruido de voces en la calle.

Asomóse á la ventana y vió á dos hombres próximos, que enardecidos disputaban, llegar á las manos; y como era, á fuer de verdadero sabio, excelente filántropo, bajó sobresaltado á poner paz entre los contendientes.

Mas aunque dióse gran prisa, ya había, al llegar él, cesado la lucha por la intervención de la Policía y de unas veinte ó treinta personas de la vecindad que comentaban el suceso.

Todas lo habían presenciado y ninguna se mostraba acorde con las demás en la referencia.

Nuestro sabio, que también por sus propios ojos lo había visto, tornóse algo mohino á su despacho y refunfuñó de este modo:

—Pues señor, si sobre cosas tan inmediatas y evidentes no hay dos testimonios que coincidan, ¿qué sucederá con los hechos remotos, para cuyo juicio apenas disponemos más que de referencias interesadas y contradictorias?

Y el concienzudo historiógrafo cogió sus mamotretos y los fué arrojando melancólicamente á la chimenea.

Así la historia, y la filosofía de la historia, que consiste, según la graciosa definición de D. Juan Valera, en profetizar lo pasado, malogran los más nobles propósitos y las más lisonjeras esperanzas de los escudriñadores de la verdad, que se cayó en un pozo.

Claro es que los primeros recusados han de ser el autor de la obra y sus intérpretes, porque nadie puede ser buen juez en su propia causa.

Pero á las personas de absoluta neutralidad y buena fe les engañan á menudo las apariencias y no se percatan de que, caído el telón, la comedia sigue y se representa en el patio, alcanzando esta ficción muchas veces caracteres más verosímiles que la de la escena. Es cambiar de escenario y de farsa. De los éxitos, favorables ó adversos, en que actúan circunstancias ajenas á la obra misma, en lo intrínsecamente literario, como son los acontecimientos políticos, religiosos, sociales, de ocasión y momento, puede juzgar el menos avisado.

Ese procedimiento de fábrica viene á ser el mismo del córico silbado que en época de Fernando VII gritaba para congraciarse: "¡Viva el rey absoluto!"

O el del otro que, cambiadas las tornas, exhibía, bajo el hábito del fraile que representaba, el uniforme de miliciano nacional para desarmar las iras de los buenos patriotas.

Donde está el *busillis* es en los casos normales y corrientes, y no es dado á todo el mundo dar en el hito.

Hay practicones que se jactan de distinguir los éxitos única y exclusivamente por el ruido, á ojos cerrados.

Diagnostican, como si dijéramos, *de oído*, y presumen de percibir con toda precisión el mayor ó menor número de nueces que el ruido lleva dentro.

Verdad es que las palmadas, los *bravos* y el "que salga el autor" de los alabarderos y los *tifoideos* de todas las especies suenan de un modo inconfundible; pero también es axiomático que ciento que gritan mueven más estrépito que mil que callan, y el *oidor* puede despistarse.

Si descomponemos, ó amojonamos, el público ordinario de los estrenos, nos dará el prisma esta variedad de facetas:

A) Servicio regular de Prensa, que es un contingente "más que regular".

B) Servicio especial de la crítica... y sus anexos.

C) *Valerianos*, ó espectadores con vale de autores, actores, empresa, etc., etc.

D) La guardia negra de las alturas.

E) El verdadero conde, ó sea el público que paga.

De los cuatro primeros grupos, unos aplauden siempre por obligación, otros por gratitud ó compañerismo, otros por cortesía.

Entre ellos podrá haber indiferentes, pero jamás hostiles.

El verdadero conde, por lo general, deja hacer... y cádate el gran éxito, y en las sucesivas representaciones el teatro vacío. Es cosa que ocurre con frecuencia.

Benavente ha propuesto que se haga público el ingreso en taquilla y saldremos de dudas.

En Francia está resuelta la cuestión de un modo indirecto y que, como otras muchas cosas, hoy de *extranjis*, tiene antecedentes en España. Del tanto por ciento que pagan los teatros á la beneficencia del Estado, se deduce el total de la recaudación.

Aquí me temo que no serviría ni eso.

¿No hemos visto que hay, para estrenar sus obras, quien arrienda el teatro, forma la compañía y regala los billetes?

Tanta es la pueril vanidad de algunos individuos, que serían capaces de poner, si lo tuvieran, dinero encima.

Y después de todo, ¿para qué?

Como nosotros renunciemos á la definitiva solución de este pleito, renunciemos ellos á su gloria ó á su vanagloria, y aténganse al escéptico aforismo



de Catulo Mendes, que les saldrá más consolador y más barato.

—El éxito—decía el ilustre crítico, dramaturgo y poeta—no prueba nada, ni aun en contra.

JOSE DE LASERNA

EN HONOR DE TIRSO DE MOLINA



Las Srtas. Suárez y Asquerino y los Sres. Comas y Suárez, que representaron fragmentos de obras de Tirso de Molina en la fiesta del miércoles último en el Ateneo de Madrid. Fot. Alonso

La Sección de Literatura del Ateneo, que preside el Sr. Francos Rodríguez, organizó y celebró el miércoles último una notable velada en honor de Tirso de Molina.

La ilustre escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez, dió una admirable conferencia acerca del gran ingenio á quien se conmemoraba.

Haciendo gala de su conocimiento en la materia, hizo un admirable retrato, no sólo de fray Gabriel Téllez, sino de la época en que vivió, y explicó cómo fué providencialmente colocado entre aquellos dos colosos, Lope y Calderón, para servir de continuador de la obra del primero y precursor de la del segundo.

Los artistas del Español, de la Princesa, de Lara y de otros teatros, Ana Martos, Carmen Cobeña, Ma-



La ilustre literata doña Blanca de los Ríos de Lampérez, que dió una notable conferencia acerca de las mujeres del teatro de Tirso en el Ateneo.

tilde Rodríguez, Amparo Villegas, Nieves Suárez y Matilde Asquerino, que lucieron trajes primorosos, y los señores Rivero, Bonafé, González Calvo, Comes, Suárez (D. A.) y Rubio, prestaron para ello su valiosa cooperación, representando, admirablemente por cierto, diversas escenas de *La prudencia en la mujer*, *Por el sótano* y *el torno*, *La gallega Mari-Hernández*, *El amor médico* y *El vergonzoso en Palacio*.

Para todos hubo aplausos muy justos y merecidos, y para las bellas actrices, lindísimos *bouquets*, que les fueron entregados por los secretarios Sres. Mesa y Amado.

En el lugar preferente del escenario se colocó un magnífico busto de Tirso de Molina, modelado por el notable escultor Sr. Coullaut Valera.



EL FATIDICO GUTIERREZ

No había empresa, por despreocupada que fuese, que al ver á Gutiérrez no le hiciera la cruz como al diablo, ni autor ó comiquín que no exclamara aterrorizado, extendidos el índice y cordial de la diestra: "¡Lagarto, lagarto!"

No exageraban los de la farándula, de suyo extremosos, con tales exorcismos, porque contratar á Gutiérrez y contratar la fatalidad, era todo uno y lo mismo. No transcurría mucho tiempo sin que ocurriese en la compañía algo trágico ó sencillamente desgraciado: ó quebraba la empresa, ó se pegaba un tiro "el caballo blanco", ó la característica se rompía una pierna, hundíase el escenario ó el gobernador prohibía las representaciones de la única obra que daba entradas. ¡Un horror de hombre este Gutiérrez, que aparecía á los no sabedores de su *jet-tatura* como el más humilde y simpático de los comiquillos del montón, con su carita siempre risueña y sonrosada, sus ojos azules y pudibundos como los de la más recatada doncella.

Llegó un día en que, á pesar de su fe en su porvenir artístico, sintió erizársele los cabellos al reflexionar que llevaba "parado" tres temporadas justas, y que el puchero, su deslavazado puchero, de día en día ofrecíasele como un problema irresoluble. Aquella inercia forzosa, aquel derrochar el tiempo olismeanando contratos en la calle de Sevilla, aquel *statu quo*, debían cambiar rápida y decisivamente si no quería sucumbir de inanición.

Pensó en América como en la tierra redentora, y venciendo el terror pánico que le producía embarcarse, porque preveía irremisiblemente el naufragio, aceptó la contrata que le propuso un agente desconocedor del fatalismo de Gutiérrez.

Unos cuantos años permaneció Gutiérrez allende los mares, con gran satisfacción de sus compañeros de aqueñde.

Piadosamente dábanle por muerto, unos en pleno Océano y otros en plenas Pampas, porque no había quien no creyera como artículo de fe que á Gutiérrez se lo habían tragado las olas ó los indios.

Calcúlese el asombro, el espanto que produjo Gutiérrez entre sus cariñosos cofrades al arribar á los Madriles y dejarse ver por los escenarios, vestido á lo gran señor, con unos sortijones que deslumbraban, ceceando á la americana, "¿sabe, mi amigo?", meloso, dulzón, insinuante.

No, no era el Gutiérrez que los de Talía vieron partir; retornaba metamorfoseado en otro Gutiérrez; el rostro como papel de lija estrujado, los cabellos cenicientos, gordinflón. Hablaba grave y pausadamente de sus triunfos escénicos, de miles de pesos ganados en sus campañas artísticas, de su íntima amistad con todos los presidentes de las grandes y pequeñas repúblicas de la América latina; de los "bombos" exorbitantes—y sacaba de los bolsillos periódicos como sábanas,—en los que aparecía su retrato ó su caricatura, como si se tratase de una eminencia de fama universal. Gutiérrez olvidábase al presentar los pregones de su fama de exhibir los comprobantes de lo que le habían costado.

Volvió á España por amor al terruño, porque quería gozar del aplauso de sus compatriotas; triunfar en la escena, en donde jamás logró destacar su borrosa personalidad. Buscaba contratarse, no de galán joven, ¿cómo iba á convencer al "respetable" con aquel barrigón escandaloso, declamando, por ejemplo, una escena como la del "sofá" en el *Tenorio*...? No estaba en figura para hacer de Don Juan;

de comendador, ó en otro papel de carácter, ¡ni en cargo!, porque un barba requiere estar metido en carnes y no ser un arexque.

Oíanle atónitos, patidifusos. Indudablemente, Gutiérrez; al pasar el charco, había conjurado su mala sombra, su *jettatura*, porque aquellos brillantes de las sortijas, gemelos, alfiler y herradura, que casi de tamaño natural colgaba de la cadena del reloj, no eran de boro ni al carbono, sino auténticos; aquellos "bombos", retratos y caricaturas, pruebas fehacientes de sus lucidas campañas en la Argentina, Chile, Méjico y Cuba.

Los que antes le hacían la cruz, acercábansele sonrientes, cariñosos, efusivos, sin caer en la cuenta que se trataba de un cómico que representaba su papel en la comedia de engaño que había ideado para captarse la simpatía de los que ignoraban su odisea en el otro mundo. El que nace con mala sombra, es

pedruscos que lucían sobre su persona y un coramvobis de señor respetable.

Ahora, que veía acercarse la vejez, necesitaba más que nunca trabajar de firme, ser algo en las tablas, amasar un capitalito para no verse obligado á pedir limosna en la época de las sopitas y buen vino.

Volvió de América como vuelven todos esos *indianos*—que según la expresión zumbona de los marineros han dejado caer en la travesía la maleta al agua,—es decir, sin un lindo peso en los bolsillos. Todo su capital reduciase á sus vistosas presecas y á un baúl abarrotado de trajes del oficio.

* * *

Gutiérrez era más supersticioso que una vieja comadre andaluza. En esto superaba á todos sus compañeros. Colgaban de la cadena de su reloj, aparte la herradura monumental, otros dijes, como hojas de trébol, espejitos, cuernecillos, gatos, borricos y



como el que nace jorobado: hasta que se muere lucirá su joroba.

¡Vaya unos añitos los que había pasado en aquellos países que los cándidos é ilusos pobretones de la vieja Europa miran como Eldorados, en donde se atan los perros con longaniza...! ¡como no aten...! En tales latitudes, le ocurrió exactamente lo mismo que en España; ni acabó con felicidad una temporada, ni cobró jamás puntualmente sus sueldos, ni le cumplieron los contratos. En su negro haber de malandanzas podía contar hasta una docena de empresarios quebrados, su centenar de gritas descomunales, dos teatros clausurados por el Gobierno, uno incendiado, la muerte en escena de una actriz por un actor enloquecido, tres meses de cárcel por haber declamado en escena unos versitos revolucionarios, *et sic de ceteris*, que la lista se haría interminable. De su larga estancia en América no sacó otras cosas de provecho que los "bombos" que se había dado el gustazo de pagarse, los deslumbradores

lechones, que su dueño consideraba preciosos amuletos de buena suerte, proporcionándole una tranquilidad asombrosa para soportar todas las desdichas que le sobrevenían, las cuales, infaliblemente, según su fe y optimismo en el poder benéfico de parecidos cachivaches, resultarían mayores á no poseerlos; tan cierto es que el hombre vive más de la ilusión que de la realidad.

De América traía el amuleto decisivo de la buenaventura: un dios Billiken, idollito de marfil en cuya cara, de fealdad horrorosa, dibujábase una sonrisa estúpida; era tal estatuilla la última creación inventada para explotar la credulidad de los supersticiosos. El dios éste, remedo de los ídolos del extremo Oriente, era el dios de las cosas como deben ser para contentar á todos. Gutiérrez creía que debido á este muñequín no se había hundido el barco que le transportaba á España, ni á él en particular le había ocurrido ningún desagradable accidente en la travesía.



Gutiérrez fué contratado como actor de carácter en una compañía de verso que actuaba en uno de los principales teatros de la corte.

Aquella era la mayor bienandanza de su vida y superaba á todos sus deseos é ilusiones. ¡Trabajar él, el pobrecito Gutiérrez, de primer actor en las mismas tablas que pisaron las glorias del arte escénico patrio! Con lágrimas en los ojos daba gracias al ridículo Billiken que colgaba sobre su imponente abdomen.

—Con este dioscito—decíase con la ufanía del que se juzga conquistador invencible—se han acabado para mí las adversidades y todo me saldrá á pedir de boca.

Gutiérrez debutaba con el estreno de un melodrama titulado *La fuerza de la razón*. Entre bastidores, ya prevenido para salir á escena, estrechaba amorosamente con los dedos de su diestra al Billiken protector.

El primer acto pasó sin gran entusiasmo; la claque saludó la aparición del debutante con una tímida salva de aplausos. Gutiérrez recitó su papel de padre de la protagonista sin que ocurriese ningún cataclismo. Satisfecho y esperanzoso volvió á salir en el segundo acto, en la escena más conmovedora del melodrama; la hija, disfrazada de mendiga, dábase á conocer á su progenitor, que, emocionadísimo, la estrechaba contra su pecho. Gutiérrez, impulsado por el ardor artístico que en él ponía situación tan culminante, abrazó á la dama con toda la efusión de un padre. En la sala hubo un murmullo de aprobación, y entre bastidores, un rugido.

Gutiérrez hizo el "mutis" por una de las puertas laterales é instantáneamente resonó clamoroso el ruido inconfundible de una bofetada, al que siguió un murmullo de voces y protestas.

¡Oh, inestabilidad de las humanas venturas! El marido de la dama, un Otelo de entre bastidores, recibía á su ficticio papá político con el bofetón más

sonoro, airado y contundente que puede recibir rostro mortal. Gutiérrez vió en aquel instante el sistema planetario con todos sus soles y estrellas.

El dolor le arrancó un alarido; palpóse la cara para cerciorarse de que no se le habían volado las narices, y al verse las manos empapadas en sangre cayó desvanecido en brazos del autor del melodrama.

La "hija", que azorada permanecía en escena, lanzó un grito de angustia al ver el rostro de su papá escénico ensangrentado, suponiendo que le habían descerrajado un tiro á quemarropa.

El público gritó también sin saber á ciencia cierta por qué gritaba, se interrumpió la representación y salió un emisario de la empresa á anunciar á los espectadores que un accidente tan imprevisto como doloroso impedía al actor Sr. Gutiérrez terminar su papel en el estreno, el cual se suspendía hasta nuevo aviso

Nunca jamás volvió Gutiérrez á salir á escena.

Para el infeliz trajo funestas consecuencias el bofetón recibido. Perdió un ojo, y las narices quedaron aplanadas como las de un *bull-dog*. Con tales narices y con un ojo de menos, no hay contrata posible.

Gutiérrez vivió una larga temporada con el producto de los brillantes de América.

Convencido de que su mala sombra era irremediable, hizo almoneda de los amuletos, vendiendo por una peseta el "milagroso" dios Billiken.

Decidióse á explotar su fama trágica; por algo era él el fatídico Gutiérrez.

Al Casino de actores, á la calle de Sevilla, á la puerta de los teatros, allí en donde puede haber un cómico, acude nuestro hombre sable en ristre. Los de la farándula al verle tiemblan de espanto, le reciben con gruñidos, con imprecaciones, y para librarse de su presencia le dan una limosna...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

ESTRENO DE "JUVENTUD DE PRÍNCIPE,, EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

En el beneficio de la linda é inteligente actriz de la Comedia Srta. Pérez de Vargas se estrenó la comedia, de Meyer Foerster, *Vieja Heidelberg*, traducida por los Sres. Costa y Jordá con el título de *Juventud de príncipe*, que á algunos indujo á error, evocando los recuerdos vaudivellescos de *La educación del príncipe*. Debería desterrarse esa costumbre injustificada del cambio de títulos, que casi nunca responde á una verdadera necesidad, que fomenta confusiones y delata un excesivo pesimismo respecto á la cultura del público. Por lo menos, debería conservarse, junto al nuevo, el título original de la pieza dramática. La obra de Meyer está llena de poesía, tiene una acción rápida y clara, escenas animadas y pintorescas y tipos bien trazados. La generalidad del público, sin embargo, no apreció debidamente su valor, quizá por la diferencia de costumbres, pues entre nosotros la vida universitaria es casi nula, y también acaso por los estragos lentos, pero seguros, que van causando en el gusto los chistes á caño libre y las astracanas del género chico, que son el pasto espiritual á que están más hechos nuestros senados teatrales. *Juventud de príncipe* es un lieder alemán dramatizado. El príncipe de la comedia va á estudiar un año á la vieja Heidelberg, como es



Mercedes Pérez de Vargas en el papel de Catalina.
Fot James

uso entre los príncipes alemanes y debiera serlo en los de otros países. Allí conoce el amor, la alegría estudiantil que vibra en el *Gaudeamus igitur*, la vida libre de la etiqueta de la corte. De allí le llaman á reinar, y aquel ensueño de mocedad alegre y descuidada se disipa. Y cuando, ya príncipe reinante, vuelve Carlos Enrique á Heidelberg, tratando de revivir sus impresiones de estudiante, advierte que para él todo ha cambiado: es el soberano, no el camarada de antaño. El respeto, los discursos empachosos, el ceremonial, siguen sus pasos. Sólo el amor permanece y le recuerda las pasadas horas; pero también el amor se le despide. El príncipe va á casarse; la muchacha que amó en él al estudiante Carlos Enrique, no á la alteza serenísima, va á casarse también con un hombre de su clase. El pobre príncipe se vuelve mustio á su corte, convencido de que los príncipes no tienen juventud, á menos que la Providencia sea clemente con ellos y depare larga vida á su antecesor en el trono, como le ha ocurrido, por ejemplo, á Su Graciosa Majestad Británica.

Fuera de la señorita Pérez de Vargas, que hizo una Catalina encantadora, y del Sr. Zorrilla, que estuvo bien en el papel del avuda de cámara, Lutz, la interpretación dejó bastante que desear.



Una escena del último acto.

Fot. Alonso

ESTRENOS EN LA PRINCESA

El beneficio de María Guerrero en el teatro de la Princesa revistió los caracteres de un acontecimiento artístico.

En él se estrenaron tres obras, de autores eminentes todas ellas, y las tres fueron aplaudidas, especialmente *La tragedia del beso*, de D. Carlos Fernández Shaw, que es una maravilla como obra teatral y como obra poética.

Otro de los estrenos fué el de la producción de Guimerá *La reina vieja*, y el tercero, el paso de comedia, de los hermanos Alvarez Quintero, *Herida de muerte*.

En las tres obras, de géneros completamente dis-



El Sr. Tovar en «La tragedia del beso», de Fernández Shaw.



La Srta. Robles en «La tragedia del beso».

tintos, lució sus talentos la beneficiada, interpretando personajes para los que se requieren aptitudes muy diversas.

El resto de la compañía trabajó con el esmero á que nos tiene acostumbrados la dirección artística de la Princesa, y el éxito de la velada fué brillantísimo.

Conviene consignar que la presentación escénica fué sencillamente asombrosa, superior aún á lo que la misma empresa acostumbra á hacer.

Del éxito logrado por la función de beneficio baste decir que con el mismo programa se ha repetido casi todos los días de esta semana y algunos por tarde y noche, y siempre con el teatro lleno y con grandísimo aplauso.